León Tolstói

Malachka y Akulina



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Malachka y Akulina

León Tolstói

Publicado: 1885
Fuente: archive.org
Traducción: Anónimo
Edición original: Lectura Amena n.º 16 (Medellín, 1905)

Malachka y Akulina

Aquel año cayó baja la Semana Santa. Apenas acababan los viajes en trineo, la nieve cubría aún los patios y deslizábanse los arroyos por la campiña.

En una calle, entre dos puertas, se había formado un charco grande; y dos niñitas de casas diferentes se encontraron en las orillas, una pequeña y la otra de poca más edad. Llevaban traje nuevo, azul la menor, amarillo con dibujos la mayor. Ambas iban con pañuelo de seda en la cabeza.

Al salir de misa habían corrido al charco; se enseñaron los trajes y se pusieron a jugar. Querían divertirse haciendo saltar el agua. Como la menor se dispusiera a meterse en el charco con botitas, la de más años le dijo:

—No hagas eso, Malachka, porque te reñiría tu madre. Yo voy a quitarme las botas, haz tú lo mismo.

Las niñas se descalzaron, recogiéndose las sayas, y se fueron por dentro del agua al encuentro una de otra.

Malachka se metió hasta los tobillos y dijo:

—¡Qué hondo está, Akulina; tengo miedo!

—Eso no es nada —replicó la otra—; en ningún sitio estará más hondo. Ven a mi encuentro en derechura.

Cuando se acercaba una a otra, dijo Akulina:

—Ten cuidado, Malachka, cuidadito de no salpicarme de lodo. Anda más despacio.

Pero, apenas acababa de hablar, cuando Malachka revolvió el pie dentro del agua y salpicó de barro el traje de Akulina.

Y no solo el traje de Akulina quedó salpicado todo, sino que le saltó el agua también a la nariz y a los ojos.

Al ver manchas en su vestido nuevo, enfadose contra Malachka, gritó diciéndola injurias y corrió detrás de ella con ánimo de pegarle.

Malachka tuvo miedo. Comprendió que había hecho una necedad, saliose a escape del charco y se dirigió a su casa corriendo.

En aquel momento pasaba la madre de Akulina. Al ver la camiseta y el traje de su hija tan sucios, exclamó:

—¿Dónde te has manchado el zarafán, desaseada?

—Malachka me ha salpicado de barro.

La madre de Akulina cogió a Malachka y le dio un manotón.

Malachka atronó a gritos a toda la calle. Oyola su madre y se precipitó fuera de la casa.

—¿Por qué pegas a mi hija? —dijo insultando a la vecina.

Agravábase la disputa.

Las madres iban a agarrarse del moño.

Salieron de las casas los aldeanos y formáronse corrillos en toda la calle.

Todo el mundo gritaba a la vez y nadie quería oír a su vecino.

Dirigíanse improperios; era inminente venir a las manos, cuando una vieja, la abuela de Akulina, se arrojó en medio de los aldeanos para hacerlos entrar en razón.

—¿Qué vais a hacer, amigos? —exclamó—. ¡Y además en un día como este! ¡Pecar de esa manera, cuando debemos regocijarnos!

Pero nadie la hizo caso, y hasta poco faltó para que la tirasen al suelo.

Y la vieja no hubiera podido apaciguarlos, sin Akulina y Malachka.

Mientras las madres le daban a la sin hueso, Akulina se había limpiado el traje. Volviose corriendo al charco, tomó un guijarrito y con él empezó a ca-

var la tierra para que corriese el agua por la calle.

Estando en esta tarea se acercó por su parte Malachka, y armada con un palo la ayudó a hacer una canaleta, precisamente en el sitio donde la anciana abuela trataba en vano de separar a los aldeanos.

Las niñas corrían por ambos lados del arroyuelo.

—El agua corre más que nosotras; atájala, Malachka —gritaba Akulina —, atájala.

Malachka quiso decir alguna cosa, pero el exceso de alegría la cortó la palabra.

Las dos niñas no cesaban de correr y se reían viendo las zambullidas de un palito en el agua del arroyuelo. Así llegaron hasta los aldeanos. Las vio la anciana y gritó:

—¡No tenéis temor de Dios! Precisamente a causa de esas niñitas comenzasteis a pegaros, ellas lo han olvidado todo hace mucho tiempo y ahí las tenéis poniéndose a jugar juntas en buena armonía. Son más sensatas que vosotras.

Los aldeanos miraron a las chiquillas, y les dio vergüenza. Burláronse de sí mismos y cada cual volvió a meterse en su casa.

«Si no sois como los niños, no entraréis en el reino de los cielos».

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce el cuento de León Tolstói, conocido también como «Las niñas son más sabias que los viejos», tal como se publicó, sin nombre de traductor, en «Lectura Amena» (Medellín), n.º 16, 15 de mayo de 1905, a partir del ejemplar digitalizado por la Universidad de Antioquia en archive.org. Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española, se han corregido las erratas evidentes del impreso y se ha unificado la puntuación de los diálogos.

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web